



Juan Carlos Queirolo

“Siempre he vivido tan cerca de las operaciones que mi casa estaba ubicada a veinte metros de un equipo de bombeo”



Acomodando, en boca de pozo, el trépano de perforación a cable.

A los 83 años, Juan Carlos Queirolo recuerda los pasajes y las vivencias que marcaron a fuego su paso por la industria petrolera, en la que cosechó amistades y vivió innumerables anécdotas. “He vivido en el campamento de Astra kilómetro veinte, tan cerca de las operaciones, que mi casa estaba ubicada a veinte metros de un equipo de bombeo, el pozo A.387. Mi esposa llamaba a la oficina de producción cuando el equipo se paraba o golpeaba la bomba”, rememora en esta charla íntima con *Petrotecnia*.

**M**e propongo ahondar en el recuerdo pasajes que hicieron mi vida y como dice Antonio Machado:

“Cuando recordar no pueda  
¿Dónde mi recuerdo irá?  
Una cosa es el recuerdo  
Y otra cosa el recordar”.

Nací un 25 de noviembre de 1922 en Capital Federal, en el barrio de Floresta. Mis abuelos, italianos, genoveses, de los primeros inmigrantes que buscaron estas tierras de esperanzas.

A los nueve años perdí a mi padre y mi abnegada madre ha tenido que luchar en esos años difíciles para criar y educar a tres hijos, dos varones y una niña.

Me eduqué en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta, donde cursé estudios y he tenido el privilegio de tener educadores como Fermín Estrella Gutiérrez, Saavedra Lamas López Buchardo, Romero Brest, Giusti, Dágostino, Medici y muchos otros que hacían de la docencia una tribuna de formación de jóvenes y que hoy debo honrar con mi memoria.

Mi madre, en su noble y sacrificada vida para educarnos, necesitó de mi temprana colaboración y así encaré desde muy joven diversos trabajos, algunos duros y otros no tanto, que también ayudaron a mi formación.

En el año 1946 me presenté a concurso en la Esso SAPA de Buenos Aires, donde ingresé en una función administrativa.

Mi paso por esta sede fue temporal por decisión propia. Decidí irme de Buenos Aires con rumbo a Salta. Llegué a Tartagal, todo un mundo nuevo y distante. Inmediatamente luego de mi arribo y enterado de que existía un campamento central de la *Standard Oil* (Esso), presenté mi solicitud de empleo con el antecedente de haber trabajado en esa empresa petrolera en Buenos Aires.

El trámite de ingreso demoró un mes. Las buenas referencias recibidas de mi comportamiento y concepto desde Buenos Aires me ayudaron a ingresar en Tartagal. Allí me recibió el administrador arquitecto J. Lavenás, de excelente imagen en la zona y en el ambiente petrolero.

Así me inicié en el sector Almacenes de Materiales en el yacimiento de Tablillas, donde todo el material de la industria estaba en inglés. Poco a poco pude superar esa sensación que el hombre común denomina “nostalgia del terruño”, en un ambiente donde todo me hacía sentir en un hotel cinco estrellas de la época, por sus viviendas y comodidades para el personal, sus comedores con comidas seleccionadas y su hospital, donde se realizaba un estricto seguimiento de la salud de los empleados con controles médicos frecuentes.

Posteriormente se hizo cargo de la Divisional el ingeniero Lindor Carnino, excelente técnico y persona, pionero petrolero que con la colaboración de otros profesionales –como los ingenieros Soler, Rodríguez, Davidovich, Natri, Heilbron y otros– dieron impulso a técnicas y desarrollos en el petróleo, a la vez que formaron técnicos en la industria privada.

Comencé haciendo una serie de trabajos de capacitación en las distintas actividades en los yacimientos de Tablillas, cerro Tartagal, Ramos y San Pedrito.

En principio, trabajé en el último equipo de perforación a cable (percusión) donde me pusieron a prueba inicialmente afilando los pesados trépanos con una herramienta, ariete (*Bit Ram*) que golpeaba el filo. No era una tarea sencilla.

Luego me enviaron a los pozos en reparación a sacar y bajar tuberías, varillas y bombas.

En ese yacimiento viví momentos inolvidables, un lugar muy pintoresco a 1200 metros, con una hermosa vista, nubes bajas del altiplano boliviano. En el campamento, la mayoría eran operarios y el clima era familiar.

Poco tiempo después, en 1951, fui trasladado a completar mi capacitación a Plaza Huincul en el sector de Producción y Refinería de Dadín, donde tuve a dos excelentes maestros: el ingeniero A. Heilbron, jefe de yacimiento, y B. Davidovich, superintendente, un ejemplo como profesional del petróleo.

Tres años después regresé a Tartagal y ocupé la función de jefe de Campamento Central. En esa época me casé con Mercedes Briones, salteña, a quien conocí en San Pedrito en su función de *nurse* y supervisora de Salud Pública del Hospital del Campamento Central.

Mi querida esposa me acompañó y lo sigue haciendo en forma abnegada en todos estos cuarenta años de petrolero en los distintos destinos, siempre en campamentos cerca de las operaciones, pero por elección propia. En San Pedrito nace mi único hijo, Juan Carlos, hoy geólogo.

Mientras tanto, desde la empresa me enviaron a Buenos Aires a varios cursos de capacitación y de seguridad, conducción de personal, etc. Luego me trasladaron a Aguas Blancas, como superintendente, en ese alejado yacimiento descubierto y empezado a explotar en el año 1924.

En viaje accidentado por el mal tiempo, cruzando el bravo río Bermejo en chalana, cerca de Embarcación, con todos nuestros muebles y enseres, llegamos a nuestro nuevo destino ubicado frente al yacimiento de Bermejo de YPF.

Si bien tenía amplias comodidades, la vida era dura por las inundaciones en varios meses por los desbordes de los ríos afluentes, como el río Pescado y otros, que nos dejaba aislados de la ciudad de Oran, distante a noventa kilómetros, y que era nuestro centro de aprovisionamiento.



Aguas Blancas



Aguas Blancas: panorama de caminos inundados.



Con su esposa "Mecha".

Esta situación me obligó a enviar como protección a mi esposa e hijo de meses a la ciudad de Salta.

Con la ausencia de mi esposa se hizo más difícil la vida en el campamento, pues me vi privado de la pequeña población de asistencia médica que ofrecía mi mujer voluntariamente.

He mantenido una excelente relación con los técnicos de YPF, con los que teníamos el intercambio comercial de crudo que se almacenaba en tanques de nuestro yacimiento.

Al principio, el cruce del río Bermejo se realizaba en chaulana pero luego se inauguró el puente internacional a dos kilómetros dentro del yacimiento.

Finalmente, me tocó cerrar el yacimiento y entregarlo a YPF, vendiendo materiales. Así Esso abandona Salta, y me trasladan en 1959 a Plaza Huincul, donde realizo un programa de perforaciones en la zona con el aporte de perforadores de los Estados Unidos y nuestros técnicos.

Mientras trabajaba en el sector de Suministro recibí una oferta de trabajo de Astra en Comodoro Rivadavia, por gestión de un geólogo y amigo, C. Urteaga (ex Esso) y con mucho dolor dejamos la empresa en el año 1961, que tanto influyó en mi formación y donde había formado mi hogar y tantos amigos.

En Astra me inicié como jefe de Almacenes, donde desarrollé una clasificación y codificación de los materiales de la cual la empresa carecía.

La compañía realizó una exitosa operación de desarrollo petrolero en Santa Cruz, El Huemul, que finalmente se truncó por la anulación de los contratos en el año 1964. En esa tramitación me dieron la responsabilidad de realizar los inventarios de la totalidad de las inversiones del área del Huemul y Pico Truncado ante la Comisión de Áreas Recuperadas (COAR).

Luego, de regreso a Astra kilómetro veinte, me dieron la responsabilidad de la parte comercial, ventas de productos de la refinería del kilómetro ocho, asfaltos y combustibles, con lo cual desarrollamos una agresiva campaña de ubicación de nuevas bocas de expendio con el logo de El Gauchito. Fue una nueva etapa, muy interesante para mí, en la que rehabilitamos e instalamos surtidores en quince

localidades de Chubut y seis de Santa Cruz, promocionando nuestras naftas y querosene.

Este último producto siempre fue muy valorizado, ya que constituyó durante mucho tiempo la calefacción e iluminación de muchos pueblos patagónicos. Nuestros asfaltos hicieron la mayoría de las rutas del sur con el lema “elaborado con petróleo patagónico en refinería patagónica, distribuido por empresa patagónica para rutas patagónicas”.

En el año 1947, la dirección de Astra me nombró administrador general, cargo que desempeñé por diecisiete años, hasta 1991 cuando decidí jubilarme.

Esos años fueron muy felices y activos, donde he tenido oportunidades –fuera de las específicas de mis funciones operativas– como homenajear a funcionarios, embajadores y figuras ilustres, como el caso de Juan Manuel Fangio. Nos sentíamos orgullosos de mostrar nuestros yacimientos, ya sea por la conducción técnica de nuestra gerencia de Explotación como por el comportamiento y la conducta de nuestro personal y las condiciones laborales que habíamos implementado.

He cumplido un sueño personal, la instalación de un Museo Petrolero y Paleontológico con la colaboración de mi hijo y de la Universidad de la Patagonia, el primero de la zona, el monumento a la patagonia, un clamor de las provincias del sur y de las obras de urbanización en la población de Astra kilómetro veinte, todo realizado por la decisión y el apoyo del doctor Ricardo Gruneisen, presidente de Astra, bajo cuya gestión ha estado toda mi función y a quien debo los logros obtenidos.

Siempre he vivido en el campamento de kilómetro veinte, tan cerca de las operaciones, que mi casa estaba ubicada a veinte metros de un equipo de bombeo, el pozo A.387. Mi esposa, con teléfono a magneto de los más antiguos, llamaba a la oficina de producción cuando el equipo se paraba o golpeaba la bomba.

Durante la guerra de Malvinas, una noche sonó la alerta roja, pues se suponía un ataque a Caleta Córdova, depósito de petróleo muy cercano a nosotros y a nuestra planta deshidratadora y sus tanques, que estaba ubicada a 150 metros de mi vivienda.

Las fuerzas de seguridad me recomendaron la evacuación de mi casa, por ser la única y más próxima a los objetivos, pero no quise aceptar y amanecí mirando al cielo y pensando en las anécdotas de los gurkas. Todo fue una falsa alarma.

Vivir aislado en el campamento me dio la oportunidad de poder tener en mi casa un puma (“Tato”) enviado de Salta, que me acompañó durante cuatro años y muchas veces en mi Falcon en mis recorridos, para sorpresa de los camioneros y vehículos con quien me cruzaba.

En el año 1976, el general C. M. Filips, en nombre del gobierno, me nombró en forma indeclinable interventor de la Cámara de Industria, Comercio y Producción de Comodoro Rivadavia, en carácter *ad honorem*, cargo que intenté rehusar, pero fue considerada una obligación cívica y la ejercí hasta 1981, cuando normalicé la Cámara llamando a elecciones.

Luego, el gobernador de Chubut, vicealmirante N. Ayerra, me ofreció el Ministerio de Bienestar Social de la provincia, pero no acepté el cargo porque no deseaba dejar mi función en Astra.

En los años de mi actividad como petrolero participé en las actividades del IAP de Comodoro Rivadavia. En el año 1988 recibí una plaqueta del primer socio honorario, de la



Administradores y gerentes de Astra: J. C. Queirolo, Ramón Domínguez, Orlando Cossani, José Luis Pérez, Armando Plunkett, Rubén Patritti y Enrique Nastri.



Con el embajador de los Estados Unidos.

qual me siento muy orgulloso y agradecido.

A los pocos meses de mi retiro, el doctor Gruneisen me ofreció la operación de la estación de servicio más importante de Comodoro Rivadavia, con el propósito secundario que no me alejara de la zona. Mi familia ya ubicada en Buenos Aires aceptó la propuesta.

Pongo ante ese desafío todo mi esfuerzo por hacer de esa boca de expendio un exponente de mi experiencia, pero lamentablemente en el año 1998, con la venta de Astra, cancelaron mi contrato.

Así es la historia de los hombres. Me queda el mejor regalo de la vida, las vivencias, los recuerdos, los amigos petroleros y los otros, que son todos valores importantes en nuestro andar y que dejaré como ejemplo de mi conducta a mi familia y el apoyo de mi compañera de toda la vida, Mecha Briones, que sin su tolerancia no hubiese sido tan feliz. Parafraseando al poeta Martín Fierro:

“Es la memoria un gran don  
cálida muy meritoria  
y aquellos que en esta historia  
sospechen que le doy palo  
sepan que olvidar lo malo  
también es tener memoria”.